

Ciertamente el tiempo había servido de tal manera la causa protestante, que algunas personas, más piadosas que discretas, creían á ojos cerrados que se habían alterado las leyes ordinarias de la naturaleza para conservar la libertad y la religión de Inglaterra. Justamente cien años antes, decían, la armada, *Invencible* para los hombres, fuera dispersada por la cólera de Dios. Jugábanse nuevamente la libertad civil y la verdad divina, y otra vez los obedientes elementos habían peleado por la buena causa. El viento había soplado con fuerza del Este mientras el Príncipe deseaba entrar en el Canal; se había vuelto al Sur para favorecer su entrada en Torbay; había permanecido en calma durante el desembarco, y no bien terminara éste, desencadenándose la tempestad había ido al encuentro de los perseguidores. Ni se dejó tampoco de recordar que, por una extraña coincidencia, había llegado el Príncipe á nuestras costas, el mismo día en que la Iglesia anglicana conmemoraba con oraciones y actos de gracias, la maravillosa salvación de la Casa Real y de los tres Reinos, del más tenebroso complot jamás imaginado por papistas. Carstairs, cuyos consejos eran siempre escuchados con atención por el Príncipe, recomendó que tan pronto se efectuase el desembarco, se diesen gracias á Dios públicamente por haber concedido tan singular protección á la gran empresa. Adoptóse el consejo, y fué de excelente efecto. Los soldados, enseñados de este modo á considerarse como favoritos del cielo, se sintieron animados de nuevo valor, y el pueblo inglés formó la opinión más favorable de un General y un ejército tan diligentes en el cumplimiento de los deberes religiosos.

El martes 6 de noviembre, el ejército de Guillermo se puso en marcha. Algunos regimientos avanzaron

hasta Newton Abbot. Una piedra erigida en medio de la pequeña ciudad, marca todavía el sitio donde se leyó solemnemente al pueblo la Declaración del Príncipe. Las tropas se movían con gran lentitud, porque la lluvia caía á torrentes, y los caminos de Inglaterra se hallaban entonces en un estado que parecía horroroso á personas acostumbradas á las excelentes vías de comunicación de Holanda. Guillermo estableció sus cuarteles durante dos días en Ford, residencia de la antigua é ilustre familia de Courtenay, en las cercanías de Newton Abbot. Fué magníficamente alojado y festejado, si bien merece notarse que el dueño de la casa, con ser notoriamente whig, no quiso ser el primero en arriesgar la vida y la hacienda, y se abstuvo con precaución de hacer nada, que pudiera ser mirado como un crimen, si el Rey llegaba á vencer.

XLIV.

ENTRADA DE GUILLERMO EN EXETER.

Al mismo tiempo reinaba en Exeter la mayor agitación. El Obispo Lamplugh, no bien oyó que los Holandeses estaban en Torbay, lleno de terror huyó á Londres. El deán se dió también á la fuga. Los magistrados estaban por el Rey; la mayoría de los habitantes por el Príncipe. Hallábase todo en la mayor confusión, cuando en la mañana del jueves 8 de noviembre, un cuerpo de tropas, mandado por Mordaunt, apareció delante de la ciudad. Acompañábale Burnet, á quien Guillermo había recomendado proteger al cabildo de la Catedral de toda injuria é in-

sulto (1). El Mayor y los aldermen habían mandado cerrar las puertas de la ciudad, pero cedieron á la primera intimación. Habíase preparado la casa del deán para alojar al Príncipe, el cual llegó al día siguiente, 9 de noviembre. Se instó á los magistrados que salieran á recibirle en corporación á las puertas de la ciudad, á lo que se negaron obstinadamente. La pompa desplegada en aquel día no hizo, sin embargo, notar su falta. Espectáculo semejante no se había visto hasta entonces en Devonshire. Muchos salieron á recibir á media jornada de camino al campeón de su religión, á cuyo paso acudían los habitantes de todas las aldeas vecinas. Una gran multitud, formada principalmente de jóvenes aldeanos que blandían sus garrotes, se había reunido en la cumbre de Haldon Hill, desde donde el ejército, marchando de Chudleigh, flanqueó primero el rico valle del Exe y las dos torres macizas que se levantan por encima de la nube de humo que cubre la capital del Oeste. El camino en toda la larga bajada, y á través del llano hasta las orillas del río, estaba cubierto de espectadores, que se sucedían en una extensión de varias millas. Desde la puerta del Oeste hasta el atrio de la catedral, las aclamaciones de la concurrencia, y la multitud que por ambos lados se apiñaba al paso de los expedicionarios, recordaban á los londonenses la animación y regocijo de la fiesta del Lord Mayor. Las casas estaban alegremente adornadas: puertas, ventanas, balcones y azoteas estaban llenas de espectadores. La vista, acostumbrada á la pompa de la guerra, hubiera encontrado mucho que criticar en el espectáculo, pues las marchas fatigosas aguantando la lluvia, por caminos donde el que viajaba á pie se hundía á

(1) Burnet, i. 790.

cada paso en el lodo hasta los tobillos, no eran muy á propósito para mejorar el aspecto de los soldados y de los arreos militares. Pero la gente de Devonshire, que en modo alguno estaba acostumbrada al esplendor de bien ordenados campos, los contemplaba llena de delicia y respeto. Circularon por todo el Reino descripciones del marcial espectáculo, donde se refería extensamente aquello que más puede halagar el apetito del vulgo por lo maravilloso, pues es lo cierto que el ejército holandés, compuesto de soldados nacidos en distintos climas y que habían servido bajo diferentes estandartes, presentaba un aspecto al mismo tiempo grotesco, aparatoso y terrible para isleños que, en general, tenían idea muy vaga de las naciones extranjeras. Cabalgaba delante Macclesfield á la cabeza de doscientos caballeros, ingleses casi todos, que ostentaban resplandecientes yelmos y corazas, y montaban en corceles flamencos de batalla. Atendía al servicio de cada uno un negro traído de las plantaciones de azúcar de la costa de Guayana. Los habitantes de Exeter, que nunca habían visto tantos ejemplares de la raza africana, contemplaban maravillados aquellos negros rostros que hacían resaltar más los bordados turbantes y blancas plumas. A éstos seguían, empuñando anchas espadas, un escuadrón de jinetes suecos, de negra armadura y capas de piel. Excitaban éstos particular interés, pues se decía que eran naturales de un país donde el Océano estaba helado y donde la mitad del año era noche, y que ellos mismos habían dado muerte á los descomunales osos cuyas pieles ostentaban. Después, rodeada de un buen grupo de caballeros y pajes, seguía la bandera del Príncipe de Orange. En sus anchos pliegues, la multitud que cubría los tejados y llenaba las ventanas, leía llena de gozo aquella inscripción memorable: «La religión pro-

testante y las libertades de Inglaterra.» Pero redoblaron las aclamaciones cuando apareció el mismo Príncipe seguido de cuarenta lacayos que corrían á pie, armado de peto y espaldar, con una blanca pluma en el sombrero y montado en un blanco corcel. Aun puede verse en el dibujo de Kneller con qué aire marcial dominaba su caballo, cuán reflexiva y majestuosa era la expresión de su ancha frente y mirada de halcón. Hubo un momento en que aquellas graves facciones se contrajeron dibujándose en ellas una sonrisa. Fué cuando una anciana, tal vez una de aquellas celosas puritanas que durante veintiocho años de persecución habían esperado con fe inquebrantable en el consuelo de Israel, madre tal vez de algún rebelde que había perecido en la carnicería de Sedgemoor ó en la más terrible todavía del *Tribunal Sangriento*, salió de entre la multitud, y arrojándose por entre las desnudas espadas y encabritados corceles, tocó la mano del libertador, exclamando que por fin era feliz. Cerca del Príncipe había uno que dividía con él la atención de la multitud. Aquél, decían las gentes, era el gran Conde de Schomberg, el primer soldado de Europa, desde la muerte de Turena y Condé, el hombre cuyo genio y valor habían salvado la Monarquía portuguesa en el campo de Montes Claros, el hombre que aun había alcanzado mayor gloria renunciando al bastón de Mariscal de Francia por amor á la verdadera religión. También se recordaba que los dos héroes que, indisolublemente unidos por su amor al protestantismo, entraban ahora juntos en Exeter, habían peleado, doce años antes, uno contra otro bajo los muros de Maestricht y que la energía del joven Príncipe no había podido entonces igualar á la fría ciencia del veterano que amistosamente cabalgaba á su lado. Seguiales una larga columna de bar-

budos infantes suizos, de aquella infantería que se había distinguido por su gran valor y disciplina en todas las guerras del Continente de los dos últimos siglos, pero nunca vistos hasta ahora en territorio inglés. Seguiales una serie de compañías designadas, según usanza de la época, por los nombres de sus jefes, Bentinck, Solmes y Ginkell, Talmash y Mackay. Con especial placer contemplaron los Ingleses un brillante regimiento que aun llevaba el nombre del ilustre y malogrado Ossory. Contribuía á dar más realce al espectáculo el recuerdo de los renombrados sucesos que muchos de los guerreros que ahora atravesaban la puerta del Oeste habían tenido parte, pues habían servido en ejércitos muy distintos de la milicia de Devonshire ó del campamento de Hounslow. Algunos habían rechazado la fiera acometida de los Franceses en el campo de Seneff, y otros habían cruzado sus espadas con los infieles, en defensa de la Cristiandad, el gran día que se levantó el sitio de Viena. La imaginación llegó hasta extraviar los sentidos de la multitud, y las *Cartas noticieras* llevaron á todo el Reino fabulosas descripciones de la estatura y fuerza de los invasores. Afirmábase que, casi sin excepción, tenían más de seis pies de estatura, y que nunca hasta entonces se habían visto en Inglaterra tan enormes picas, espadas y mosquetes como los que llevaban. Ni disminuyó la admiración del pueblo cuando llegó la artillería, compuesta de ventiún cañones de bronce de gran tamaño, cada uno de los cuales era arrastrado con gran dificultad por diez y seis caballos de tiro. Grandemente excitó la curiosidad una extraña máquina montada sobre ruedas. Resultó ser una forja movible, provista de todas las herramientas y utensilios necesarios á la reparación de carros y armas. Pero nada llamó tanto la atención como el puente de bar-

cas construído con gran rapidez sobre el Exe para el trasporte de los carros, y descompuesto luégo en piezas y llevado con igual celeridad. Habíase construído, á ser cierto lo que decían, según un modelo imaginado por los cristianos que guerreaban contra el Gran Turco á orillas del Danubio. Los extranjeros excitaban tan gran simpatía como admiración. Su político general tuvo especial cuidado, al distribuir los alojamientos, de hacer de manera que molestasen lo menos posible á los habitantes de Exeter y de las aldeas vecinas. Observábase la más rígida disciplina. No sólo se castigaba en el acto el pillaje ó cualquier atropello, sino que se ordenaba á las tropas mostrarse corteses con todas las clases sociales. Los que habían formado idea de un ejército por la conducta de Kirke y sus *corderos*, se llenaban de admiración al ver soldados que nunca juraban á las patronas ni tomaban un huevo sin pagarlo. En cambio de esta moderación, el pueblo dió á las tropas provisiones en gran abundancia á módico precio (1).

(1) Veanse, el *Diario* de Whittle, la *Expedición* de S. A. y la *Carta de Exon* publicada entonces. He visto dos *cartas noticiosas*, manuscritas, donde se describe la pomposa entrada del Príncipe en Exeter. Pocos meses después, escribió un mal poeta una comedia titulada: «La última Revolución.» Una de las escenas pasa en Exeter. «Entran batallones del ejército del Príncipe, marchando hacia la ciudad, con banderas desplegadas y tambor batiente, y salen ciudadanos prorrumpiendo en aclamaciones.» Un noble llamado Misopapas (enemigo del Papa), dice:

«Can you guess, my lord,
How dreadful guilt and fear has represented
Your army to the court? Your number and your stature
Are both advanced; all six foot high at least,
In bearskins clad, Swiss, Swedes and Brandenburgers.»

«¿Sabéis, milord, de qué manera el temor y la conciencia de sus crímenes han contribuído á la idea que de vuestro ejército hay

Mucho podía influir en el éxito la conducta que en tan gran crisis adoptase el clero de la Iglesia anglicana, y los miembros del Capítulo de Exeter fueron los primeros á quienes se llamó para que manifestasen su opinión. Burnet informó á los Canónigos, que á causa de la fuga del Deán estaban ahora sin jefe, que no les era lícito seguir, como hasta aquí, diciendo la oración por el Príncipe de Gales, y que debía celebrarse una función solemne en acción de gracias por la feliz llegada del Príncipe. Los Canónigos no ocuparon sus asientos durante la función, pero algunos de los coristas y prebendados asistieron. Guillermo, rodeado de pompa militar, se dirigió á la catedral. Al pasar el magnífico pórtico, aquel órgano famoso no superado por ninguno de los que eran orgullo de Holanda, su patria, rompió en un himno de triunfo. El Príncipe ocupó el asiento del Obispo, trono magnífico con preciosos tallados del siglo xv. Burnet ocupaba un asiento inferior, y una multitud de guerreros y nobles se agrupaba en derredor del trono. Los cantores, vestidos de blanco, entonaron el *Te Deum*. Terminado el canto, Burnet leyó la Declaración del Príncipe; pero no bien pronunció las primeras palabras, prebenda-

en la corte? Exagéranse allí el número de los vuestros y su estatura; dícese que el que menos no baja de seis pies, y que todos visten pieles de osos, suizos, suecos y brandemburgueses.»

En una canción que apareció precisamente á raíz de la entrada en Exeter, se presenta á los Irlandeses como ruines enanos en comparación de los gigantes que mandaba Guillermo,

«Poor Berwick, how will thy dear joys
Oppose this famed *viaggio*?
To Brandenburgh and Swedish boys
Coraggio! Coraggio!»

Addison alude en el *Freeholder* al extraordinario efecto producido por tan románticas relaciones.

dos y cantores huyeron del coro á toda prisa. Al final Burnet gritó: «¡Dios salve al Príncipe de Orange!» y las voces de muchos fieles respondieron: «Amén» (1).

El domingo, 11 de noviembre, predicó Burnet en la catedral, ante el Príncipe, extendiéndose acerca de la señalada protección concedida por Dios á la Iglesia anglicana y á la nación. Al mismo tiempo un singular acontecimiento se efectuaba en un lugar más humilde de los destinados al culto. Ferguson resolvió predicar en la capilla presbiteriana. El ministro y los ancianos no quisieron consentir, pero el turbulento y fanático bribón, imaginando que los tiempos de Fléetwood y Harrison habían vuelto, forzó la puerta, se abrió paso por entre la congregación espada en mano, subió al púlpito y prorrumpió en terribles invectivas contra el Rey. El tiempo de tales locuras había ya pasado, y este espectáculo sólo inspiró burla y disgusto (2).

XLV.

CONVERSACIÓN DEL REY CON LOS OBISPOS.

Grande era la agitación en Londres mientras estos sucesos pasaban en Devonshire. La Declaración de Príncipe, á despecho de tanta precauciones, se hallaba ahora en manos de todos. El 6 de noviembre, Jacobo, que aun no sabía fijamente en qué parte de la costa habían desembarcado los invasores, hizo

(1) *Expedición del Príncipe de Orange*; Oldmixon, 755; *Diario de Whittle*; Eachard, III, 911; *Gaceta de Londres*, 15 de nov. 1688.

(2) *Gaceta de Londres*, 15 de nov. 1688; *Expedición del Príncipe de Orange*.

venir á su gabinete al Primado y á otros tres Obispos: Compton, que lo era de Londres, White, de Peterborough, y Sprat, de Rochester. El Rey escuchó con gran amabilidad las ardientes protestas de lealtad de los Prelados, asegurándoles que no sospechaba de ninguno de ellos. «*Pero ¿dónde está el papel*, dijo el Rey, *que ibais á traerme?*—Señor, respondió Sancroft, *no hemos traído ningún papel. No tenemos empeño en vindicar nuestra fama á los ojos del mundo. Ne es cosa nueva para nosotros que nos insulten y acusen falsamente. Nuestras conciencias nos absuelven, V. M. nos absuelve, y esto nos basta.*—Sí, dijo el Rey, *pero yo necesito una declaración vuestra.*» Entonces presentó un ejemplar del Manifiesto del Príncipe. «*Mirad*, dijo, *lo que aquí dicen de vosotros.*—Señor, contestó uno de los Obispos, *no se encontrará una persona, entre quinientas, que considere auténtico este Manifiesto.*—No, respondió el Príncipe montando en cólera: *entonces esos quinientos traerían al Príncipe de Orange á que me cortase el cuello.*—No lo quiera Dios,» exclamaron los Prelados á una voz. Pero la inteligencia del Rey, nunca muy clara, se hallaba ahora completamente extraviada. Una de las peculiaridades de su carácter era imaginar, cuando no se adoptaba su opinión, que su veracidad era puesta en duda. «*¿Que este documento no es auténtico!* exclamó, desdoblando las hojas y abriendo el folleto. *¿No merezco yo que se me crea? ¿No ha de darse crédito á mi palabra?*—En todo caso, señor, dijo uno de los Obispos, *esto no hace relación con la Iglesia. Cae dentro de la esfera del poder civil. Dios ha confiado la espada á V. M. y no nos toca á nosotros invadir vuestras funciones.*» Entonces el Arzobispo, con aquella suave y templada malicia que produce heridas más profundas, declaró que se le debía excusar por no querer poner mano en ningún documento político. «*Yo y mis hermanos, señor, hemos sufrido ya severamente por mezclarnos en asuntos de*

Estado, y tenemos que andar muy precavidos si alguna vez volvemos á hacerlo. En una ocasión hemos suscrito una solicitud inofensiva é inocente. La presentamos de la manera más respetuosa, y nos encontramos con que habíamos cometido un gran crimen, y sólo por la misericordiosa protección de Dios nos hemos salvado de completa ruina; y el principio en que se fundaban el Fiscal y el Solicitor de V. M. era que fuera del Parlamento éramos nosotros meros particulares, y que era presunción criminal en los particulares mezclarse en política. De tal modo nos atacaron que, por mi parte, me consideré perdido.—Gracias, Milord de Canterbury, dijo el Rey; yo esperaba que no os consideraseis perdidos por haber caído en mis manos.» Tales frases hubieran sentado bien en boca de un Soberano bondadoso, pero contrastaban extrañamente en un Príncipe que había hecho quemar á una mujer por haber dado asilo á uno de sus enemigos, en un Príncipe cuyas rodillas había abrazado en vano su propio sobrino implorando merced. El Arzobispo no se dejó vencer por tal respuesta. Y así, continuó hablando del mismo asunto, y refirió los insultos que las hechuras de la Corte habían inferido á la Iglesia anglicana, entre los cuales ocupaba lugar principal el ridículo de que se había cubierto su propio estilo. El Rey sólo tuvo que decir que no estaba en uso recordar pasados daños y que creía que estas cosas se hubiesen ya dado por completo al olvido. Quien nunca olvidó la más leve injuria que se le hubiera hecho, no podía comprender que otros recordasen, durante algunas semanas, las injurias más terribles, inferidas por él.

Al fin la conversación volvió de nuevo al punto de que se había apartado. El Rey insistió en que los Obispos redactasen un documento declarando que habían visto con horror la empresa del Príncipe. Ellos, en medio de muchas protestas de la más sumisa leal-

tad, se negaron obstinadamente. El Príncipe, decían, aseguraba haber sido invitado por Lores temporales y espirituales. La imputación era común. ¿Por qué no había de serlo también la vindicación? «*Ya lo entiendo, dijo el Rey. Algunos de los Lores temporales han estado con vosotros y os han incitado á llevarme la contra en esto.*» Los Obispos declararon solemnemente que no era así. Pero parecería extraño, decían, que en una cuestión que encerraba tan graves consideraciones políticas y militares se hiciera, en absoluto, caso omiso de los Lores y sólo á los Prelados se diese parte principal en el asunto. «*Pero, dijo Jacobo, tal es mi deseo. Yo soy vuestro Rey. A mí toca juzgar lo que es mejor. Sigo mi camino y acudo á vosotros para que me ayudéis.*» Los Obispos le aseguraron estar dispuestos á ayudarle en lo que fuese de su incumbencia; como ministros cristianos, con sus oraciones, y como Lores del Reino, con su opinión en el Parlamento. Jacobo, que ni quería las oraciones de herejes ni el consejo de Parlamentos, recibió un triste desengaño. Después de un largo altercado, dijo: *Hemos terminado; no os instaré más. Ya que no queréis ayudarme, debo dejarlo todo á mi mismo y á mis propias armas*» (1).

XLVI.

DISTURBIOS EN LONDRES.

Apenas habían salido los Obispos de la Cámara Real, llegó un correo, anunciando que el día anterior el Príncipe de Orange había desembarcado en Devon-

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, tom. II, 210, Mem. orig.; Sprat, *Relación*; Citters, nov. 6 (16), 1688.

shire. Durante la semana siguiente reinó en Londres violenta agitación. El domingo, 11 de noviembre, circuló el rumor de que en el Monasterio de Clerkenwell, fundado bajo la protección del Rey, había cuchillos, parrillas y calderos escondidos para torturar á los herejes. Reunióse una gran multitud en torno del edificio y se disponían á demolerlo cuando llegaron algunas tropas. La multitud fué dispersada y muertos algunos de los alborotadores. Hizose una información, llegando á un acuerdo que indicaba claramente el estado de la opinión pública. El Jurado declaró que algunas personas leales y honradas que habían ido á dispersar las reuniones de traidores y enemigos públicos á una casa donde se celebraba misa, habían sido asesinadas, con premeditación, por los soldados; y este extraño veredicto fué firmado por todos los jurados. Los eclesiásticos de Clerkenwell, naturalmente alarmados por estos síntomas del sentimiento popular, deseaban poner en salvo sus haciendas. Consiguieron trasladar la mayor parte del sus efectos sin que se trasluciese nada al exterior. Pero al fin se despertaron las sospechas del vulgo. Los dos últimos carros fueron detenidos en Holborn y quemado su contenido en medio de la calle. Tan grande fué la alarma de los católicos, que cerraron todos sus templos y capillas, excepto los que pertenecían á la familia Real y á los Embajadores extranjeros (1).

Sin embargo, en general, aun no parecían las cosas hallarse en situación desfavorable para Jacobo. Más de una semana llevaban ya los invasores en territorio inglés y aun no se les había unido ninguna persona de cuenta. No había estallado la rebelión en el Norte

(1) *Diario de Luttrell; Carta noticiera de la Colección Mackintosh; Adda, nov. 16 (26), 1688.*

ni en el Este. Ningún servidor de la Corona había hecho traición á su amo. El ejército Real se estaba reuniendo á toda prisa en Salisbury, y aunque inferior al de Guillermo en disciplina, érale superior en número.

XLVII.

ACUDE LA NOBLEZA AL CAMPO DEL PRÍNCIPE.

El Príncipe estaba, á no dudar, sorprendido y mortificado por la tardanza de los que le habían invitado á venir á Inglaterra. Cierta que la gente del pueblo en Devonshire, le había recibido con muy buena voluntad, pero ningún aristócrata, ningún caballero de rango se había presentado todavía en sus cuarteles. La explicación de este hecho singular se halla, probablemente, en la circunstancia de haber desembarcado en una parte de la Isla donde no se le esperaba. Sus amigos del Norte lo tenían todo dispuesto para una sublevación, suponiendo que se presentaría entre ellos al frente de un ejército. Los del Oeste no habían hecho ningún preparativo, quedando naturalmente desconcertados al encontrarse de pronto llamados á tomar la iniciativa en un movimiento tan importante y peligroso. Tenían además muy reciente memoria y, tal vez, ante los ojos, las desastrosas consecuencias de la rebelión, horcas, cabezas, mutilados miembros, familias que aun arrastraban riguroso luto por bravos mártires que habían dado muestras de más amor á la patria que de discreción. Tras una enseñanza tan terrible y reciente no es extraño que mostrasen alguna vacilación. Igualmente

natural era, sin embargo, que Guillermo, el cual fiándose de las promesas de Inglaterra había aventurado al azar no sólo la propia reputación y fortuna, pero también la prosperidad é independencia de su tierra natal, se sintiese hondamente mortificado. Era tal su indignación, que hablaba de volver á Torbay, reembarcar sus tropas, volver á Holanda y abandonar á los que le habían vendido á la suerte que tanto merecían. Por fin, el lunes 12 de noviembre, un caballero llamado Burrington, que vivía en las inmediaciones de Crediton vino á alistarse en la bandera del Príncipe, siguiendo su ejemplo algunos de sus vecinos.

XLVIII.

LOVELACE.

Personas de más cuenta se habían ya puesto en camino de diferentes partes del Reino para Exeter. Fué el primero de estos lord Juan Lovelace, distinguido por su magnificencia y buen gusto, y por la audaz é intemperante vehemencia que mostró en defensa del partido whig. Había estado ya preso cinco ó seis veces por delitos políticos. La última falta de que se le acusaba era haber negado con desprecio la validez de una orden de prisión firmada por un juez de paz católico. Se le había llevado ante el Consejo privado, sujetándole á un minucioso interrogatorio que había resultado inútil. Se negó obstinadamente á declararse culpable, y los testimonios contra él resultaron insuficientes. Fué absuelto, pero antes de retirarse, Jacobo le dijo con gran indignación: *«Milord, no es ésta la primera que me jugáis.»*—Señor, contestó Lovelace con in-

domable altivez, *nunca he jugado ninguna mala pasada á V. M. ni á ninguna otra persona. Quienquiera que sea el que me ha acusado de jugar malas pasadas á V. M., es un embustero.»* Posteriormente Lovelace había sido admitido á la confianza de los que proyectaban la revolución (1). Su casa solariega, edificada por sus antepasados con los despojos de los galeones españoles de Indias, se levantaba sobre las ruinas de un templo de la Virgen, en aquel hermoso valle que riega el Támesis, cuyas aguas, que aun no enturbia la gran capital, ni están sometidas al flujo y reflujo del mar, deslizanse por entre bosques de hayas en torno de las bellas colinas del Berkshire. Bajo el salón de ceremonia, que adornaban pinturas italianas, había una bóveda subterránea donde algunas veces se habían encontrado osamentas de los antiguos monjes. En esta oscura cámara algunos entusiastas y atrevidos contrarios del Gobierno habían celebrado frecuentes reuniones á media noche, durante aquella época de ansiedad en que Inglaterra esperaba con impaciencia el viento protestante (2).

Mas al fin era llegada la época de obrar. Lovelace, seguido de otros setenta compañeros bien montados y armados, salió de su casa y se dirigió al Oeste. No le fué difícil llegar al Gloucestershire; pero Beaufort, que gobernaba aquel Condado, hacía valer su gran autoridad é influencia en defensa de la Corona. La milicia había sido puesta sobre las armas. Habíase apostado un grueso destacamento en Cirencester, y cuando Lovelace llegó allí se enteró de que no le dejarían pasar. Érale preciso ó abandonar la empresa ó abrirse camino con la fuerza. Resolvió forzar el paso,

(1) Johnstone, feb. 27, 1638; Citters en igual fecha.

(2) Lysons, *Magna Britannia, Berkshire.*

y sus amigos y servidores le secundaron valerosamente. Hubo un combate sangriento. La milicia perdió un oficial y seis ó siete hombres, pero al fin los de Lovelace fueron vencidos, él cayó prisionero y fué enviado al castillo de Gloucester (1).

XLIX.

COLCHESTER Y ABINGDON.

Otros fueron más afortunados. El mismo día en que sucedía la escaramuza de Cirencester, Ricardo Savage, lord Colchester, hijo y heredero del Conde de Rives, y padre, por amores ilícitos, de aquel infeliz poeta cuyos extravíos y desgracias constituyen uno de los pasajes más tenebrosos de la historia literaria, se presentó en Exeter seguido de unos sesenta ó setenta jinetes. Acompañábale el atrevido y turbulento Tomás Wharton. Algunas horas después llegó Eduardo Russell, hijo del Conde de Bedford y hermano del virtuoso aristócrata cuya sangre fuera derramada en el cadalso. Anuncióse en seguida la llegada de otro personaje aun más importante. Colchester, Wharton y Russell pertenecían á aquel partido que había estado siempre en guerra con la Corte. Al contrario, Jacobo Bertie, Conde de Abingdon, fuera mirado como uno de los defensores del gobierno arbitrario. Habíase mantenido fiel á Jacobo en la época del *bill* de exclusión. Mientras fué lord lugarteniente del Oxfordshire, había desplegado gran rigor y severidad contra los partidarios de Monmouth, y había hecho encender lu-

(1) *Gaceta de Londres*, 15 de nov. 1688; *Diario de Luttrell*.

minarias para celebrar la derrota de Argyle. Pero su horror al papismo le había arrojado en las filas de la oposición y de los rebeldes. Él fué el primer Par del Reino que se presentó en los cuarteles del Principe de Orange (1).

Mas no tenía tanto que temer el Rey de los que abiertamente se disponían á combatir su autoridad, como de la negra trama cuyas ramificaciones se extendían por su ejército y su familia. Churchill debe ser considerado como el alma de aquella conspiración; Churchill, sin rival en sagacidad y astucia, dotado por temperamento de cierta fría intrepidez que no le abandonaba nunca ni en el campo ni en el gabinete, de alto rango en la milicia y singular en el favor de la Princesa Ana. Aun no era tiempo de descargar el golpe decisivo. Sin embargo, valiéndose de un agente subordinado, infirió una herida grave, si no mortal, á la causa del Rey.

L.

DESERCIÓN DE CORNBURY.

Eduardo, Vizconde de Cornbury, hijo mayor del Conde de Clarendon, era un joven de escaso talento, moral corrompida y arrebatado carácter. Habíanle enseñado desde la infancia á mirar como base de su fortuna su parentesco con la Princesa Ana, incitándole á que le hiciera asiduamente la corte. Nunca se le había ocurrido á su padre que la hereditaria lealtad de los Hydes pudiese correr el menor riesgo en-

(1) Burnet, I, 790; *Vida de Guillermo*, 1703.